



EL OBISPO DE ALBACETE

MISA CRISMAL

Homilía del Sr. Obispo, Mons. Ciriaco Benavente Mateos

*Santa Iglesia Catedral de Albacete
Miércoles, 23 de marzo de 2016*

Mis queridos hermanos:

Henos aquí, un año más, en torno al altar de la S. I. Catedral, en el pórtico del Triduo Santo, en que rememoraremos los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de N. S. Jesucristo.

Aquí estamos, obispo, presbíteros, diáconos, acompañados de un buen número de fieles. Esos saludos que parecen protocolarios: "¿cómo estás?", "¿qué es de tu vida?", "¿cómo va tu salud?", revelan, más allá de la fórmula convencional, solicitud fraterna, interés y amistad de unos para con los otros. Recordamos a los compañeros enfermos, a los que han muerto (D Alberto, Cándido, Felicísimo, P. Jesús, Filipense) y también a los que tomaron otro camino (D. Angel Floro, D Victorio).

Hemos unido a esta celebración nuestro jubileo sacerdotal. Accediendo a la Catedral por la Puerta Santa nos reconocíamos también necesitados de la misericordia entrañable de Dios nuestro Padre.

Esta Eucaristía anticipa de alguna manera el Jueves Santo, día de la institución de la Eucaristía, del Sacerdocio, del Mandamiento Nuevo. "*Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*". Ahí se resume la verdad de la Eucaristía, el sentido de nuestro ministerio. Ese es el centro de la verdad de la Iglesia.

El Jueves Santo volveremos a rememorar -lo hacemos ya en esta celebración- la institución del sacramento del Orden, que nos confiere la capacidad de hablar y actuar en nombre de Cristo, en su misma persona. Volvamos a escuchar las palabras inolvidables de Jesús, que nos adentran en una singular relación de predilección e intimidad: "*No os llamo siervos..., a vosotros os he llamado amigos. No me habéis elegido vosotros a mí; soy yo quien os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca*". Son palabras que despiertan siempre un eco de estremecimiento y emoción; palabras verdaderas, pronunciadas seguramente en el inminencia de su hora suprema, con sabor, por eso, a testamento.

Este encuentro proclama además, y especialmente hoy, una afirmación fundamental de nuestra identidad, de nuestra espiritualidad: Los presbíteros constituimos, en torno al obispo, una fraternidad.

Por primera vez en la Historia de la Iglesia un Concilio, el Vaticano II, ha hablado de nosotros como una íntima fraternidad sacramental. Hay entre nosotros un nuevo y profundo vínculo como efecto y fruto inmediato del sacramento recibido. Estamos, por tanto, sacramentalmente capacitados y urgidos a ser y ejercer unos para otros como hermanos. Tenemos que traducirlo y corporeizarlo en expresiones y gestos: acogiéndonos mutuamente como tales, encontrándonos para gozar de la presencia y amistad, orando juntos, compartiendo como buenos hermanos nuestros modestos recursos, ofreciéndonos, los que estemos más libres, para suplir a los hermanos que no encuentran suplencia para el necesario descanso, programando y trabajando juntos, defendiéndonos y apoyándonos los unos a los otros, participando en las reuniones diocesanas. *"Este nuestro acuerdo y concordia en el amor es como un himno a Jesucristo"* (Ignacio de Antioquía).

Sabemos muy bien que los dones de Dios los recibimos en nuestra condición pecadora, expuestos siempre a ser conculcados por nuestra debilidad. Nuestra fraternidad no es un privilegio de clase, ni un fin en sí misma. Es un don para ser signo eficaz de fraternidad entre todos los miembros del Pueblo de Dios, para hacer más patente su vocación a vivir como hermanos, para hacer del mundo una gran familia.

2.-Llamamos a esta celebración "la Misa Crismal". Las lecturas que han sido proclamadas iluminan nuestra condición y tarea, la de los presbíteros y la de todo el Pueblo santo de Dios. Nuestra catedral esta mañana tiene aromas de olivo, de aceite y de romero. Huele a Espíritu. Oleos y crisma convertidos en signos sacramentales de la unción del Espíritu que sana y fortalece, que consagra, alienta y vivifica. Sin el Espíritu la Iglesia se resuelve en estructura muerta, pierde alma, se queda sin vida. Óleos y crisma que vais a llevar en pequeñas ánforas a vuestras parroquias, a todos los rincones de la Diócesis.

La lectura del Apocalipsis nos recordaba que, desde nuestro bautismo, formamos parte de un pueblo sacerdotal. El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio real de todo el Pueblo de Dios, que tiene el encargo de transformar este mundo haciendo presente el Reinado de Dios en el corazón de las personas, en los criterios y en las estructura que lo configuran. *"Somos, decía Benedicto XVI, pueblo sacerdotal para salvación de un mundo corroído por esta anticultura de la muerte, que se manifiesta, por ejemplo, en la droga, la huida de la realidad hacia una felicidad falsa que se expresa en la mentira, en el fraude, en la injusticia, en el desprecio del otro, en la falta de solidaridad y responsabilidad con respecto a los pobres, en el desprecio de la vida"* (homilía en la fiesta del bautismo del Señor 8, 1, 2006).

Una humanidad así necesita más sanación que censura. Jesús nos dijo "Id y predicad", pero también "Id y curad". Nos encontramos con muchas personas heridas: las enfermedades del cuerpo y las del alma: el desamor, los matrimonios rotos, la angustia por los hijos que no encuentran futuro o tuercen el sendero, el paro, el terrorismo. En esta sociedad herida los hay que están más heridos: los inmigrantes y refugiados, los cristianos perseguidos, las víctimas del terrorismo, los encarcelados, las mujeres maltratadas, la gente sin hogar, los enfermos psíquicos o depresivos, los pecadores abrumados por el peso de sus pecados. "Sus heridas nos han curado" dice san Pedro.

El profeta Isaías se dirigía a un pueblo expatriado y falto de esperanza, en medio de una sociedad pagana. La Buena Noticia del profeta llega como una caricia, cambia el corazón, irrumpe como una bendición que transforma el luto en vestido de fiesta.

Presbíteros, miembros de la vida consagrada y laicos, somos sacerdotes y profetas, que prolongamos, en la economía de la nueva alianza, la misión de los antiguos profetas, anunciando e invitando a participar de los bienes mesiánicos: el banquete del Reino, la alegría, la liberación de los oprimidos y el consuelo para los afligidos, la justicia escatológica.

En el evangelio, Jesús se presenta como el Ungido por el Espíritu Santo, el enviado del Padre, el misionero por excelencia. Tenemos en proyecto de la misión diocesana: Hacer de cada parroquia una misión y de cada cristiano un misionero. Lo lograremos en la medida en que podamos decir con verdad "*esta Escritura se cumple hoy aquí*": En la medida en que seamos ungidos por el Espíritu, por el amor que procede del Padre y del Hijo.

Mis queridos fieles, hermanos que nos acompañáis en la celebración. El Señor nos llama a ser Buena Noticia para los demás, nos envía a liberar, a curar, a dar esperanza.

Aquí estamos vuestro obispo, vuestros presbíteros y diáconos, vuestros pastores. Rezad por nosotros. A veces la tristeza y el desánimo hacen mella en nuestra alma y no logramos ser signos de esperanza y de alegría, sino más bien de pesimismo. A veces nos acompleja la dificultad y complejidad de la tarea, y olvidamos la belleza real e incomparable del mensaje de Jesús, la certeza y la fuerza de que Él ha resucitado. Ayúdanos, Señor Jesús, aún en medio de las dificultades, a irradiar alegría, a estar llenos de ti, de tu amor, a fin de que seamos signos de esperanza en medio de este mundo tan complejo, pero al que Tú amas tanto, porque ha salido de tus manos y lo amas hasta entregar la vida por él. Ayúdanos amarlo como Tú lo amas.

Aquí estamos vuestros pastores, ancianos y jóvenes. Con nuestros defectos y nuestras virtudes. Por mi parte quiero, queremos, pedir os perdón por mis errores y omisiones. Aquí estamos porque queremos renovar nuestros compromisos y ser renovados por el Espíritu. Sé que no me equivoco si os digo que en este momento obispo y presbíteros, sólo llevamos un deseo en el alma: ser ministros de misericordia, ser portadores para vosotros y para todos los diocesanos del Espíritu de Jesús resucitado, simbolizado en el santo crisma. Amen.